

Cuatro años de ofensiva revolucionaria en El Salvador

Schafik Jorge HANDAL,
Secretario General del CC del
Partido Comunista de El Salvador (PCS)

1

El pasado 10 de enero se cumplieron cuatro años de guerra en El Salvador. La actual administración norteamericana insertó a nuestro país en su esquema geopolítico, como parte de una «zona vital» para Estados Unidos; impedir la victoria de la revolución salvadoreña y aplastarla fue asumida como una causa personal y de honor de Ronald Reagan, desde su arribo a la Presidencia el 20 de enero de 1981 y varias veces ha puesto en juego su prestigio ante el Congreso para conseguir que apruebe crecientes partidas de ayuda militar y económica a la dictadura genocida.

Al analizar lo que ocurre en El Salvador, no debe perderse de vista, ni un segundo, que el imperialismo yanqui no lucha por apoderarse de grandes riquezas en este país en extremo desprovisto de recursos naturales, sino tras un objetivo muchísimo mayor: de la derrota del movimiento revolucionario salvadoreño calcula obtener desaliento y frustración para los movimientos revolucionarios en toda América Latina —en cierta medida también en todo el «tercer mundo»— y derivar de ello argumentos para alimentar el chovinismo imperial entre el pueblo norteamericano. Como se sabe, este chovinismo es el que le aporta base de apoyo político a la hegemonía del complejo militar-industrial y a su línea antisoviética y antisocialista en general de espoleo de la carrera armamentista.

Junto a la ayuda material llegaron los asesores milita-

res yanquis (se calcula que ya hay más de 300) quienes han aplicado sucesivos planteamientos estratégicos y tácticos en cuya elaboración se vierte el talento de los oficiales del Pentágono, su experiencia en su derrotada agresión a Vietnam, el saber y la astucia de sus más avezados políticos y analistas, como Henry Kissinger, dos Secretarios de Estado (primero A. Haig y, actualmente, G. Shultz), dos Sub-Secretarios para América Latina, los equipos del Departamento de Estado, del Consejo de Seguridad Nacional y de algunas Universidades, lo mismo que la esmerada actividad de la CIA.

Para sopesar el influjo de esta ingerencia yanqui, hay que tener en cuenta que El Salvador es el más pequeño país continental de América Latina (21.000 km², en cifras redondas), cuyo Presupuesto Nacional no fue muy superior a los 1.500 millones de dólares hasta 1980.

Esta voluminosa ayuda norteamericana acudió en apoyo de una corrompida, sanguinaria y moribunda dictadura militar de medio siglo y de una oligarquía burguesa-terratiente muy reaccionaria, para humillar y sojuzgar a un pueblo que derrotó a este régimen oprobioso varias veces en las urnas electorales, sin lograr cambiar nada, y que, consecuente con sus aspiraciones históricas, se alzó en armas después de agotar los procedimientos legales, para alcanzar la democracia y el progreso social. Desnuda de toda legitimidad, la dictadura recurría a la matanza desde 1974 —como en 1932 y 1944—¹, y trataba de sobrevivir echando mano de su único método disponible: el terrorismo de Estado, es decir, el reinado de los «desaparecidos», de la tortura, de las capturas masivas arbitrarias, de las matanzas contra las masas desarmadas, de los «escuadrones de la muerte» con su cadena interminable de asesinatos —incluido el de Monseñor Oscar Arnulfo Romero, Arzobispo de San Salvador— y su espectáculo diario de cadáveres mutilados en la vía pública.

El Presidente Reagan involucró a Estados Unidos en apoyo de todo esto: aportó sus dólares, sus armas y su dirección militar y política para llevar el terrorismo de Estado a la dimensión del genocidio bajo el postulado de «lucha contra el expansionismo soviético y la intervención cubano-nicaragüense». Alrededor de cincuenta mil perso-

nas no combatientes han sido asesinadas desde entonces por la maquinaria «made in USA».

En el terreno militar, la ayuda yanqui acrecentó, modernizó y adaptó a la Fuerza Armada de la dictadura a los modelos de «contrainsurgencia» creados por el Pentágono. A fines de 1980, ésta contaba con menos de 14.000 efectivos y en diciembre de 1984 había alcanzado los 43.000. Su poder de fuego aumentó muchas veces más, fue dotada con una Fuerza Aérea, un cuerpo creciente de helicópteros y una marina liviana, apropiados para la guerra irregular; las tropas han recibido o reciben entrenamiento de instructores yanquis o conforme a sus reglas, incluso para desembarcar en combate desde los helicópteros. Los mandos de la Fuerza Armada fueron sucesivamente remplazados bajo presión de la Embajada de Estados Unidos, hasta lograr el triunfo y predominio del pensamiento militar de contrainsurgencia; sus estructuras organizativas fueron substituidas conforme las plantillas acordes con estos mismos requerimientos. Así, el antiguo ejército pro-oligárquico es hoy una Fuerza Armada títere, moderna. La tradicional hegemonía de la cúpula oligárquica sobre el ejército fue, en consecuencia, quebrada y substituida, en alto grado, por el timón político-militar de Washington.

Esto transcurre en medio de agrias contradicciones: la oligarquía, por un lado, necesita angustiosamente de la salvación yanqui y, por el otro, no se resigna a su nuevo lugar segundón y trata, de un modo casi igualmente desesperado, de recuperar el timón principal del poder.

La soberanía y la independencia nacionales han sido asfixiadas, aunque Duarte —según el estilo aprendido de los yanquis— hace, de vez en cuando, declaraciones afirmando la «independencia» de su gobierno.

Washington despliega constantes presiones sobre gobiernos de todos los continentes, en especial latinoamericanos y europeo-occidentales, buscando rodear de apoyo al gobierno de Duarte o impedir su condena en los foros internacionales y aislar al FMLN —FDR². Al mismo tiempo, los expertos del Departamento de Estado diseñan y asesoran la conducta internacional del gobierno títere.

No obstante el enorme y saturador involucramiento global de Estados Unidos en contra del FMLN, éste ha crecido cuantitativa y cualitativamente, ha mantenido en sus manos la ofensiva en el movimiento general de la guerra, controla hoy alrededor de un 40 % del territorio nacional –incluidas posiciones inmediatas a San Salvador, la capital del país– y disputa activamente el resto al enemigo, operando prácticamente en todo el país. Durante los cuatro años de guerra, el FMLN puso fuera de combate alrededor de 19.000 efectivos del ejército títere, le ocupó más de 6.000 fusiles, cientos de armas de apoyo y de equipos de radiocomunicación militar, cientos de miles de municiones. Y después de los años de guerra está claro que, de no ser por el apoyo de Estados Unidos a ese ejército, lo habríamos derrotado hace tiempo.

En 1984 el FMLN –FDR llevó al fracaso el nuevo esquema estratégico táctico del imperialismo yanqui en El Salvador, según el cual nuestras fuerzas armadas revolucionarias serían arrinconadas en un reducido territorio del norte del país (la región más atrasada y despoblada), dejando en pleno control del ejército títere las vitales franjas central y sur (las más pobladas y desarrolladas económicamente); mientras, apoyándose en el gobierno «centrista» de Duarte, seríamos despojados de nuestra influencia en las masas, aislados internacionalmente, la economía reactivada y desarrollada en el centro y sur mediante las grandes inversiones previstas en el Plan elaborado por la Comisión Kissinger. Se profundizaría, así, el avasallamiento neo-colonial sobre nuestra Patria rumbo a su conversión en una firme base de la contrarrevolución y el dominio norteamericano en la cuenca del Caribe.

Entre tanto, las tropas títeres, acrecentadas aún más en su número, movilidad, coordinación, poder de fuego y calidad combativa, procederían a nuestro aniquilamiento en un rincón norteño fronterizo con Honduras, con el ejército de este país sirviendo como *yunque* al demoledor martillo «salvadoreño».

Dicho explícitamente, al finalizar 1984 la situación era la siguiente:

a) El FMLN había causado un profundo desgaste al ejército títere, contrarrestando sus planes de crecimiento y llevando desmoralización a sus filas. Consolidamos y ensanchamos nuestras zonas de control y retaguardia, y ampliamos nuestra presencia combativa en el norte, el centro y sur; desplegamos la actividad guerrillera suburbana e intensificamos la lucha armada en las más grandes ciudades.

b) Extendimos nuestros teatros de operaciones hasta el occidente del país, decisiva región agro-industrial conservada durante más de tres años como gran retaguardia enemiga.

c) A consecuencia de todo lo anterior y específicamente de los golpes del FMLN contra la economía de guerra, la crisis económica sufrió un nuevo ahondamiento. Ahora serán necesarias mayores transfusiones de dólares para mantenerla a flote y, así, una parte importante de la incrementada ayuda que Reagan proyecta entregar al gobierno títere en 1985, servirá para compensar pérdidas y no le dará poder ofensivo.

d) El movimiento huelguístico mantuvo su continuidad y creció durante 1984, se incrementó el movimiento en defensa de los derechos humanos, la Universidad Nacional recuperó la ciudad universitaria, invadida, ocupada y destruida desde 1980 por las tropas de la dictadura, y cuya matrícula sobrepasó los 20.000 estudiantes. Crecieron las luchas y la organización de los trabajadores del campo por la tierra y los aumentos salariales.

El gobierno de Duarte, pese a su demagogia, no ha podido ni puede satisfacer las demandas de las masas. En efecto: por un lado mostró su incapacidad de mejorar los salarios, literalmente devorados por la inflación, de los trabajadores del Estado que formaron el grueso de los huelguistas. Por el otro lado, se demostró claramente impotente para meter en cintura a la oligarquía, obligarla a mejorar las pagas y jornales y aceptar la reforma agraria. Todo lo contrario, los diputados de la oligarquía en la Asamblea Legislativa suprimieron la legislación que sustentaba el proceso de transformación agraria, mientras la banca estatal mantiene los raquíticos niveles del crédito a los campesinos y los precios de los insumos agrícolas continúan aumentando sin freno.

e) El FMLN – FDR consolidó sus relaciones y espacios diplomáticos en torno a su consecuente búsqueda del diálogo y la negociación para dar una solución política a la guerra. Como se sabe, desde comienzos de 1981, es decir desde el inicio mismo de la guerra, el FMLN – FDR ha presentado diversas propuestas de negociación, tanto al gobierno de Estados Unidos como al gobierno de El Salvador y su Fuerza Armada. Tales propuestas fueron reiteradamente rechazadas, hasta septiembre de 1984.

f) Como consecuencia de la acumulación de estos cambios favorables en la correlación de fuerzas militar, política y diplomática, el gobierno de Duarte, aunque aparentando tomar la iniciativa, se vio forzado a sentarse a la mesa del diálogo en octubre de 1984 con la aprobación de Washington, por supuesto. De este modo, Reagan y Duarte otorgaron al FMLN – FDR un evidente y para ellos doloroso reconocimiento, que ensanchó nuestro espacio internacional y aportó un extraordinario estímulo y mayor legalidad al movimiento popular reivindicativo y político, particularmente en la capital y otras ciudades, donde las masas comenzaron a retomar la calle, a pesar del exterminio de sus cuadros y activistas que realizan los «escuadrones de la muerte» y desafiando el estado de sitio vigente desde 1980.

Aunque en el primer momento la decisión de dialogar elevó el prestigio de Duarte, los encuentros realizados trajeron consecuencias que mostraron su falta de sinceridad, el desacato de su autoridad por el mando militar que declaró su negativa a cumplir la tregua de Navidad y Año Nuevo pactada con el FMLN – FDR, y que, efectivamente, violó, así como la agudeza de sus contradicciones con la oligarquía las cuales parecían haberse atenuado.

Las esperanzas que pudo engendrar la llegada de Duarte a la Presidencia, al menos en una parte del pueblo, se han derrumbado, su gobierno ha resultado incapaz para conquistar a las masas. Este, que es una pieza clave en el esquema de la contrainsurgencia que aplica el imperialismo yanqui en El Salvador, está muy lejos de consolidarse y se debilita; su prestigio dentro y fuera del país se desgasta y, en el momento de escribir este artículo, una grave crisis se abate sobre él.

En noviembre del año 1984, México, Francia, España, Grecia, Suecia y Argelia presentaron a la Asamblea General de la ONU un proyecto de resolución condenando al gobierno salvadoreño por el incremento de sus violaciones a los Derechos Humanos, particularmente con sus bombardeos a la población civil. En el texto de esta propuesta se caracteriza la situación en El Salvador como «un estado de guerra convencional generalizado», rechazando de esta manera la acusación de «terrorismo» que Reagan y Duarte acostumbran lanzar contra nosotros. Esto constituye, sin duda, un grado mayor de reconocimiento internacional para el FMLN – FDR.

Así, pues, el FMLN – FDR que según los planes yanquis debería encontrarse debilitado políticamente, arrinconado territorialmente y aislado internacionalmente, se encuentra hoy más fuerte y desplegando aún más su ofensiva en lo militar, lo político y lo diplomático.

La bandera de la soberanía y la independencia, la causa de la nación traicionada por el régimen títere, está en manos del movimiento revolucionario, en relación con el cual tienden a reagruparse todas las fuerzas patrióticas, organizadas o no. El movimiento revolucionario es también el abanderado de la democracia y la liberación social. Esta es la causa que le dio origen.

3

Si se miran superficialmente los acontecimientos en El Salvador, podría concluirse: «Ha pasado demasiado tiempo sin que los revolucionarios alcancen la victoria y teniendo decididamente en su contra a Estados Unidos, nunca lograrán triunfar.»

¡Este es un juicio miopel El mismo gobierno de Reagan, que en enero de 1981 anunció nos derrotaría en los tres a seis meses siguientes, sabe bien que no habernos podido vencer después de años de crecientes esfuerzos e involucramiento, constituye para el FMLN una enorme victoria. También sabe que lo peor para sus propósitos es que la ofensiva revolucionaria continúa avanzando, ganando nuevas posiciones políticas y diplomáticas sobre la base

de los constantes golpes de desgaste y aniquilamiento que el FMLN asesta a la Fuerza Armada títere, suministrada ya con más de un millón y medio de dólares por día.

Para valorar los años de guerra popular revolucionaria en El Salvador, conviene imaginar lo que habría ocurrido si el FMLN hubiera sido derrotado: la Revolución Popular Sandinista enfrentaría mayores dificultades teniendo activamente en su contra al fogueado, agrandado y modernizado ejército salvadoreño, manipulado por el imperialismo, y a la rica y cavernaria oligarquía de nuestro país; los imperialistas yanquis y toda la reacción centroamericana y de toda América Latina estarían envalentonados, embisitando furiosamente contra los movimientos democráticos y revolucionarios; el hitleriano sueño dorado de invadir a Cuba, jamás desechado totalmente por Estados Unidos, habría recibido un enorme estímulo y la paz mundial estaría mucho más amenazada que hoy.

Mantenernos combatiendo y avanzando, ha asegurado la continuidad del proceso revolucionario centroamericano, constituye el aporte del pueblo y los patriotas salvadoreños a la defensa de Nicaragua, un estímulo al avance de las luchas democráticas y revolucionarias en América Latina, que en los últimos años han expulsado de la escena regímenes fascistas implantados por el imperialismo yanqui durante los años setenta en Sur América, y que hoy levantan fuerzas frescas al combate en los puños chilenos alzados contra el bestial régimen de Pinochet procreado por la CIA. Nuestra invicta lucha entrega una contribución cotidiana al desprestigio y el debilitamiento de la tozuda política agresiva de la administración Reagan en su propio país y en el mundo y, por tanto, refuerza la lucha antimperialista y por la paz en el mundo.

Tal es, a nuestro juicio, la única valoración correcta del papel internacional de la lucha del pueblo salvadoreño.

4

Sostenernos y mantener la ofensiva frente al imperialismo yanqui decidido a derrotarnos, en un país pequeño, sin fronteras con ningún Estado gobernado por fuerzas pro-

gresistas, muy cerca de los Estados Unidos y muy lejos de la Unión Soviética, ha requerido un extraordinario esfuerzo y un gran desarrollo, sólo posibles por la unidad de todas las fuerzas revolucionarias dentro del FMLN, su línea acertada, su firme alianza con las fuerzas democráticas encabezadas por el FDR, las hondas raíces de nuestro proceso revolucionario en las grandes masas obreras, campesinas, trabajadoras y populares en general y la extensa solidaridad internacional que recibe nuestra lucha.

¿Cómo explican el gobierno de Estados Unidos y la dictadura salvadoreña el hecho evidente del fracaso de sus planes?

Ellos alegan que el FMLN recibe grandes volúmenes de armas desde la Unión Soviética, Cuba y Nicaragua. Sin embargo, no han podido aportar pruebas convincentes de esta afirmación. Los periodistas de todas las ideologías y diversa nacionalidad, incluidos los norteamericanos, que visitan los frentes de guerra en El Salvador, testimonian en sus reportajes que las armas del FMLN son de fabricación norteamericana, exactamente iguales a las que el gobierno de Reagan le envía a la Fuerza Armada de la dictadura. Por su parte, los servicios de inteligencia militar sofisticados de los Estados Unidos saben perfectamente que eso del «enorme flujo de armas» para el FMLN desde Nicaragua es una falacia. Pero aún suponiendo que ello fuera verdad, tampoco explicaría los resultados en el campo de batalla, puesto que todos, incluso el Pentágono, aceptan que los volúmenes y poder de fuego de las armas norteamericanas enviadas al ejército de la dictadura (aparte de la asesoría, el entrenamiento de tropas, la cooperación en la inteligencia militar, etc.), son más de un centenar de veces mayores que los más grandes volúmenes que la propaganda enemiga de nuestro movimiento atribuye a los supuestos suministros desde Nicaragua.

A esto habría que agregar que el FMLN no tiene helicópteros, aviones, obuses, naves acuáticas artilladas, transportes blindados y nadie pone en duda que cuenta con soldados y oficiales en un número varias veces menor que el de sus enemigos, que no tiene control sobre la industria y el gran comercio, ni dispone de decenas de millones de dólares de la ayuda exterior para vestir, alimentar, curar

y transportar a sus fuerzas, que no dispone de la maquinaria del Estado y carece de los incontables resortes del mundo empresarial de la burguesía, con todo lo cual, en verdad, sí cuenta el ejército títere.

Así, el alegato de los enemigos del FMLN se derrumba y genera una contrapregunta: ¿Por qué la dictadura y sus amos imperialistas están perdiendo la guerra en El Salvador?

La explicación que indirectamente difunde la administración Reagan —y a veces, incluso, en boca de sus asesores y funcionarios gubernamentales— consiste en uno o varios de los alegatos siguientes: «Los jefes militares salvadoreños, con algunas excepciones, son incapaces y corrompidos, no entienden ni aprenden lo que los asesores les enseñan; los soldados apenas tienen cuatro o cinco grados de la escuela primaria, mientras que el soldado norteamericano tiene diez como promedio, y, por eso, la tropa salvadoreña no asimila las enseñanzas avanzadas; los funcionarios civiles del gobierno también son corrompidos y restan eficacia a la ayuda norteamericana.»

Dejemos de lado lo de la evidente y galopante corrupción de los jefes militares y funcionarios civiles, ya que estos son los socios e instrumentos escogidos por el imperialismo para «defender el mundo libre» en esta región del planeta y no tiene derecho legítimo a quejarse de ellos. En cambio, detengamos la atención sobre la supuesta inferioridad de los trabajadores salvadoreños para convertirse en excelentes soldados y oficiales.

En efecto, más del 80 % de los combatientes del FMLN proceden de los trabajadores del campo y las ciudades. Una alta proporción de ellos llegan a nuestras filas sin siquiera saber leer ni escribir, desnutridos y con una salud precaria. Todo ello refleja, en parte, la realidad social de nuestro país, resultante de la brutal explotación que practica la insaciable oligarquía de los más grandes terratenientes, industriales, banqueros, importadores y exportadores, y los propios monopolios estadounidenses y de otros países. Esas condiciones patéticas nos imponen limitaciones que demandan del FMLN no poco trabajo para vencerlas, a pesar de las increíbles privaciones con que combatimos. Pero estos problemas son, al mismo tiempo, un com-

ponente inseparable de las profundas motivaciones que impulsan a nuestro pueblo a lanzarse al combate revolucionario. Así formadas, las filas principales del FMLN agrupan a experimentados jefes y combatientes, que cuentan con gran dominio del arte de hacer la guerra popular en nuestro pequeño y densamente poblado país. Por otra parte, esos mismos soldados del ejército enemigo que en su mayoría son mediocres combatientes cuando combaten contra nosotros, dando motivo a tantos reproches de los militares yanquis, resultan de primera calidad cuando se pasan a nuestro lado, trayéndonos, además, valiosos conocimientos militares.

Simple y llanamente, el argumento contra los trabajadores salvadoreños no es válido y constituye, propiamente, una muestra de la arrogancia imperial y de insultante menosprecio hacia nuestro pueblo.

Dicho sintéticamente, el FMLN está ganando la guerra porque está al lado del pueblo, que es quien en verdad está haciendo esta guerra revolucionaria salvadoreña. La elevada moral y eficiencia de nuestros combatientes y oficiales tienen en su base esta realidad esencial que determina la justeza de la causa por la cual luchamos. Es en esto donde radica la diferencia imborrable entre la alta calidad de nuestros combatientes y la mediocridad de los soldados del ejército títere.

El FMLN es guía, organizador, conductor, brazo armado y vanguardia indiscutible del pueblo salvadoreño. Expresado sin ningún lirismo, «es sangre de su sangre y carne de su carne, es su sentimiento, su anhelo y su conciencia»³.

Como consecuencia de la acumulación de derrotas y del control que ejercen los militares yanquis sobre ella, la Fuerza Armada vive unas graves contradicciones internas, que, junto con el desastre de la economía nacional y la enconada lucha entre facciones, está arrastrando a la crisis a todo el bloque de las fuerzas de poder.

5

De nuestra experiencia deducimos algunas enseñanzas.

Ella demuestra que la revolución es capaz de abrirse paso en medio de las peores condiciones, siempre que

exista una vanguardia unida, que se mantiene indisolublemente ligada a las masas, con una línea revolucionaria acertada, posesionada de la voluntad y la decisión inquebrantables de cumplir su misión histórica y vencer. Incluso el pueblo más pequeño seguirá a una vanguardia con tales atributos revolucionarios.

La esencia de la revolución como proceso histórico es ofensiva y su problema central es la conquista del poder y su defensa. Sin proyección de poder ni continuidad ofensiva no puede haber línea verdaderamente revolucionaria, sin ésta no puede movilizarse ni educarse a las masas en la dirección correcta, no habrá avance de la revolución sino pantano.

El FMLN – FDR combinan la lucha armada, la lucha política y la lucha diplomática. En cada uno de estos terrenos y en todos, tomados de conjunto, procuran mantener la ofensiva continua. Estos son principios fundamentales de la conducción revolucionaria, según nuestra experiencia.

Para mantener la ofensiva se necesita, aparte de la línea acertada en cuanto al carácter de la revolución, asegurar la acumulación de fuerzas en cada etapa de la lucha de clases, teniendo en cuenta las condiciones existentes en cada momento, y organizar, conducir y realizar en la práctica el paso sucesivo de una a otra etapa superior en ella, no contenerla ni estancarla.

Si la vanguardia no cumple su deber de impulsar y organizar el paso a etapas superiores de lucha, cuando su necesidad ha madurado, deja de ser vanguardia, puede descomponerse y fraccionarse, vegetar e, incluso, integrarse en el engranaje político que sustenta el sistema de los explotadores «propios» e imperialistas. La lucha de clases revolucionaria no admite una estable zona intermedia, un «limbo»; los retrocesos y zigzags, no pocas veces indispensables, deben conducir obligatoriamente a reforzar y asegurar el movimiento ofensivo del proceso de la misma tomado en conjunto. Retroceder indefinidamente o mantenerse zigzagueando sin avanzar, de hecho significa renunciar a imprimir a la lucha de clases una conducción revolucionaria y cultivar la ilusión, jamás confirmada por la vida, de que el final del dominio de los explotadores, de la explotación misma o la liberación nacional del yugo imperia-

lista pueden lograrse sin revolución, por vía evolutiva, mediante reformas.

La unidad de la vanguardia revolucionaria es una condición esencial para cohesionar a las masas trabajadoras y populares tras las banderas de la revolución; es determinante para concertar y mantener una alianza firme con las demás organizaciones democráticas y patrióticas; excepto en la propaganda, las fuerzas revolucionarias divididas y aisladas no pueden convertirse, en los hechos, en las abanderadas de la democracia y los intereses nacionales; y sin todo esto no puede oponerse al imperialismo y sus lacayos la fuerza suficiente, ni la voluntad inquebrantable de luchar y vencer. En estas condiciones, el imperialismo, con su riqueza y su poderío militar y político, puede derrotar a la revolución y hasta derrocarla si ya hubiera tomado el poder.

En el curso de nuestra experiencia, hemos podido comprobar la radical diferencia de peso e influencia nacional, de prestigio y apoyo internacional de las fuerzas revolucionarias mientras estuvimos divididas y luego de nuestra unificación.

La unidad de las fuerzas revolucionarias significa mucho más que la suma de sus componentes, es el surgimiento de una nueva calidad: la integración y sucesiva construcción de la vanguardia.

6

Corresponde al VII Congreso del Partido Comunista de El Salvador, celebrado en abril de 1979, el mérito de haber dotado a los comunistas con una línea revolucionaria, poniendo fin a antiguas vacilaciones y cortando el proceso de su conversión al reformismo, que estaba desnaturalizándolo. Esto permitió a nuestro Partido el honor de participar entre los actores de la hazaña del pueblo salvadoreño y entregar a ésta su contribución.

El VII Congreso trazó una línea correcta, comprobada por la práctica de estos años de ardua lucha. El viraje del Partido acordado por el Congreso hacia la unidad de las fuerzas revolucionarias y hacia la lucha armada, fue reali-

zado consecuentemente, sin fraccionamientos ni crisis interna.

En marzo-abril de 1984, tuvo lugar el IV Pleno del Comité Central en una de las zonas bajo control del FMLN; éste, entre otros puntos, examinó la situación del Partido, resultante del viraje ordenado por el VII Congreso. El Pleno concluyó que el viraje fue efectivamente cumplido: El PCS es uno de los participantes en el proceso de unificación de las fuerzas revolucionarias, desde el primer paso con el acuerdo de diciembre de 1979, que creó la «Coordinadora Político-Militar», cuyo desenvolvimiento condujo, en octubre de 1980, a la fundación del FMLN.

El PCS realiza acciones armadas desde 1979 y participó en la ofensiva general del 10 de enero de 1981; desde entonces actúa intensamente en la guerra popular revolucionaria, pues, construyó su propio brazo armado, las Fuerzas Armadas de Liberación (FAL), en el curso de la guerra.

El nuestro es hoy un Partido en guerra, su organización, la naturaleza de sus tareas, su temple ideológico, su estilo de trabajo, corresponden con este carácter. Hemos construido las estructuras partidarias de base y dirección intermedia también en las filas de las FAL y hemos resuelto el difícil problema de asegurar la conducción del Partido sobre su fuerza armada, de una manera directa y a todo nivel.

El Comité Central, la Comisión Política, los Comités Regionales, sus órganos de conducción política y militar, los cuadros y dirigentes del Partido tienen no sólo capacidad política sino también militar.

El Partido ha mantenido en pie su trabajo en el movimiento sindical y en el campo, en las universidades, entre la intelectualidad y en la esfera política, propiamente tal, a pesar de la brutal y sanguinaria represión, que ha segado la vida de muchos cuadros, incluso miembros del Comité Central.

El Partido extendió y ramificó su organización en áreas del país donde era débil antes de la guerra; creó y desarrolló un amplio trabajo internacional, el cual realizan cuadros capaces dispersos en numerosos países de Norteamérica, Latinoamérica y Europa.

El PCS es ahora más grande, tiene mayor calidad y continúa creciendo.

En la segunda mitad de 1979 y la primera de 1980 nuestro país vivió una situación revolucionaria madura, inmediata, dentro de la cual tuvo lugar el proceso unificador de las organizaciones político-militares. En enero de 1980 se fundó la Coordinadora Revolucionaria de Masas (CRM), en abril el Frente Democrático Revolucionario (FDR) y fue elaborada la «Plataforma Programática del Gobierno Democrático Revolucionario», base política de la alianza de todas estas fuerzas.

Estremeció al país un despliegue sin precedentes del movimiento huelguístico, de las tomas de tierra, de enormes manifestaciones de calle como la del 22 de enero de 1980, en San Salvador, que alcanzó las 300.000 personas, luchas todas impregnadas hasta la médula por la violencia de masas y las acciones armadas de las unidades de combate del emergente ejército revolucionario, construido y desarrollado después, en sus niveles superiores, durante la guerra, en el marco del FMLN.

Las masas estaban dispuestas a jugarse la vida, incluso a morir, por la victoria de la revolución, como lo demostraban diariamente durante meses al enfrentarse en las calles a los bárbaros ametrallamientos, capturas masivas, «desaparecimientos» y asesinatos, realizados por el ejército y los cuerpos policiales de la dictadura.

La crisis económica experimentó un brusco agravamiento. Las clases dominantes luchaban agudamente entre sí, las filas militares se dividieron.

El retraso en el logro de la unidad durante los años anteriores impidió que maduraran a tiempo las condiciones subjetivas de la revolución, particularmente la constitución de la vanguardia, la superación del hegemonismo en sus filas unificadas, y la elaboración de su plan único de acción para organizar y conducir la insurrección.

Aquel momento maduro, sin embargo, no pasó en vano. El FMLN se lanzó a la ofensiva del 10 de enero de 1981, poniendo en marcha la guerra que libramos y, con ella, el proceso de construcción de las fuerzas armadas revolucionarias en su etapa superior, en cuyas filas y apoyos se recogió y acumuló gran parte de la formidable energía

social desatada por la situación revolucionaria. De este modo, aquella insuficiencia del factor subjetivo fue superada con una gran acción ofensiva que ha permitido el avance de nuestra lucha revolucionaria a lo largo de estos años de guerra, la construcción, el aprendizaje y la maduración de la vanguardia, el bloqueo a la salida burguesa de la crisis estructural y, en consecuencia, la prolongación del estado de situación revolucionaria general.

Hasta comienzos de 1984, la dictadura títere logró mantener un férreo control, basado en el terror y el genocidio, en la capital y las ciudades mayores, lo mismo que en toda la región occidental del país, es decir, en todo el espacio donde habitan las masas más avanzadas, experimentadas y organizadas; vale decir, el grueso de la clase obrera, de la intelectualidad, de los estudiantes, gran parte del proletariado agrícola y donde históricamente han tenido lugar las más grandes luchas, incluidas las insurrecciones de 1932, de abril, mayo y diciembre de 1944, las vastas acciones pre-insurreccionales de agosto-octubre de 1960 y, sobre todo, las de octubre de 1979 a junio de 1980.

Como ya lo apuntamos atrás, ahora se encuentra en desarrollo un nuevo flujo de la lucha de masas en las principales urbes del país, al mismo tiempo que hemos llevado la actividad guerrillera a sus suburbios; hemos intensificado las acciones armadas dentro de la zona metropolitana de San Salvador e irrumpido, con enérgicas acciones militares y con nuestro trabajo organizativo, en la zona occidental, la «tranquila» retaguardia enemiga.

En adelante, pues, el FMLN podrá crecer y desarrollarse aún más, incorporando a la acción revolucionaria directa a estas enormes masas avanzadas, en el propio corazón del dominio enemigo. Así, aunque parezca increíble, después de cuatro años de guerra la energía y el poderío del pequeño y heroico pueblo salvadoreño aún no se ha desplegado totalmente; lo que falta es la parte mayor de su potencial revolucionario y todo marcha hacia esas grandes batallas.

Ahora se encuentran en curso los factores que conducirán al estallido de una nueva situación revolucionaria inmediata, en la cual, a diferencia de 1979-80, actuará una experimentada y unida vanguardia, que posee una fogueada

y eficiente fuerza armada revolucionaria, que realiza la ofensiva combinada en lo militar, político y diplomático y tiene vínculos más profundos, sólidos y multifacéticos con las masas, lo mismo que relaciones internacionales desarrolladas.

8

Se acerca la luz de la victoria del pueblo salvadoreño, por la que ha vertido y vierte tanta sangre; la oscura noche del genocidio está por terminar. Pero precisamente por ello, en este momento se agranda el peligro de la agresión militar directa de los Estados Unidos.

Junto con todas las fuerzas democráticas de Centroamérica y el mundo, incluidas las fuerzas progresistas y los sectores sensatos de Estados Unidos, el FMLN – FDR lucha y lo hace todo para impedir que Washington invada Nicaragua o El Salvador, o a ambos a la vez, incluso esforzándose para abrir paso a una negociación que logre una solución política, justa y digna, a la guerra. Junto a los patriotas hondureños luchamos por poner fin a la presencia militar yanqui en su país y frustrar su plan de convertirlo en una base permanente de agresión contra los pueblos centroamericanos y del Caribe. En una palabra, luchamos en defensa del derecho a la autodeterminación y la paz del pueblo salvadoreño y de todos los pueblos hermanos.

Al mismo tiempo, el FMLN – FDR se preparan en todos los terrenos y aprestan a las masas salvadoreñas para resistir y derrotar la agresión militar imperialista yanqui directa, si este proyecto reaganiano fuera realizado a pesar de las dificultades que enfrenta en los mismos Estados Unidos y en el mundo.

Revista Internacional, N° 4 de 1985

¹ En 1932 la dictadura reaccionaria del general Martínez anegó en sangre una de las más grandes acciones revolucionarias en la historia de América Central. Cerca de 30.000 obreros, campesinos, estudiantes e intelectuales y casi todos los dirigentes del

PCS cayeron víctimas de la represión. En 1944, tras la sublevación contra la tiranía de Martínez de un sector de las fuerzas armadas unido a sectores civiles, se declaró una huelga política general que, a pesar de la brutal represión, desembocó en la caída de la dictadura. —N. de la Red.

² El Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN), constituido en 1980, es una alianza político-militar de cinco organizaciones insurgentes de izquierda, entre ellas las Fuerzas Armadas de Liberación (FAL), del PCS. El autor del presente artículo, camarada S. J. Handal, es miembro de la Comandancia General del FMLN. El Frente Democrático Revolucionario (FDR) es una agrupación política (1980) considerablemente más amplia, integrada por más de 100 organizaciones políticas, sindicales, sociales y otras organizaciones de masas opositoras al régimen títere. —N. de la Red.

³ Comunicado oficial de la Comandancia General del FMLN con motivo del fin de año de 1983.

Tomado de: *América Latina: Los pueblos contra el imperialismo*. Editorial Internacional "Paz y Socialismo" (Praga), 1986.